

Algunos usos del lenguaje en la ontología de Plotino

Nicolás Raúl Torres Ressa.

Lic. en Filosofía (UNLP)

1. Las palabras y lo Uno. Un extraño encuentro.

Esta ponencia va a tratar acerca de Plotino y el lenguaje. Quizás, a primera vista, esta temática parezca un tanto extraña. De los 54 tratados plotinianos (distribuidos en grupos de a nueve, en sus seis *Enéadas*) no hay ni uno sólo dedicado única y exclusivamente al lenguaje. El propio Plotino es un filósofo al que se lo suele asociar casi inmediatamente con la metafísica o con la ontología, pero muy rara vez con algo así como una filosofía del lenguaje. También tiene “fama” de ser un pensador sistemático, artífice de un colosal edificio conceptual, dentro del cual se encontrarían todas las respuestas a todas las grandes cuestiones filosóficas: desde las relativas al primer principio (lo Uno) hasta los más minuciosos detalles de la realidad sensible.

Quizás esa idea preconcebida se deba (en parte) a que el Licopolitano tuvo la inmensa fortuna de que la totalidad de su producción filosófica nos haya sido legada, de manera íntegra, hasta nuestros días. Y además, porque no sólo nos ha llegado “completa”, sino también “ordenada” de acuerdo a los mismos cuidadosos criterios de clasificación que utilizó su discípulo Porfirio al momento de agrupar sus tratados. Cada grupo de *Enéadas*, nos dice Porfirio en su *Vida de Plotino*, está dedicada a un tema distinto: la primera, a la ética; la segunda y la tercera, al *kósmos* sensible; la cuarta, al Alma; la quinta, a la Inteligencia; y la sexta, a lo Uno (*VP* 24, 11, 21-22, 34-35; 25, 7-8, 18-20; 26, 1-4); . Y eso no es todo: al leer los tratados de Plotino, no sólo contamos con un orden sistemático, sino también con uno cronológico, que nos indica (valga la redundancia) el orden temporal en que esos tratados fueron escritos. Esto quiere decir que, cuando leemos al Licopolitano, sabemos con exactitud qué libro fue escrito antes y cuál después. Estas felices e inusuales circunstancias (que no sucedieron ni con Platón ni con Aristóteles) nos ahorran muchísimos problemas de interpretación. *Prima facie*, pareciera que están dadas todas las condiciones para que Plotino sea un filósofo que nos va a brindar la “llave” para acceder al conocimiento de la Verdad. Un filósofo con un pensamiento acabado y concluido, plasmado en su voluminosa obra.

Esta apreciación “pasa por alto” un detalle que puede parecer insignificante, pero que no lo es en lo más mínimo: lo Uno (es decir, la principal búsqueda filosófica del Licopolitano) está más allá del ser y más allá de

las palabras; sin embargo, ¿qué son las *Enéadas*, sino un conjunto de palabras? Parafraseando a Wittgenstein, ¿por qué Plotino habla tanto sobre aquello de lo que justamente “no se puede hablar”? A simple vista, parece desconcertante: las *Enéadas* han sido escritas. Plotino ha tenido que hacer uso del lenguaje. Y no sólo eso: en las *Enéadas*, nos encontramos con una pluralidad de registros, con una variedad de vocabularios, con una polifonía. En la obra de Plotino coexisten por lo menos dos tipos de vocabularios: uno que podríamos denominar “filosófico” o “lógico”; y otro que podríamos llamar “mítico” y “poético”. ¿Alguno de los dos es más legítimo que el otro? ¿Alguno de los dos nos da un acceso más certero y más “exacto” a la Verdad?

A lo largo de esta comunicación, recorreremos algunos de los principales puntos problemáticos en torno a los usos y los límites del lenguaje según Plotino. Quizás, una vez que hayamos finalizado nuestro recorrido, podamos ver en el filósofo Licopolitano no tanto a un pensador que (si creemos en el testimonio de Porfirio) ha pasado por la experiencia de unirse a lo Uno y ha venido a contárnoslo con lujo de detalles, sino más bien a un pensador que está siempre buscando nuevos caminos a través del lenguaje para dar cuenta (siempre inacabadamente) de aquello que vio. Un Plotino que no está para nada quieto, sino más bien siempre en movimiento.

2. El origen de la tragedia: la inefabilidad de lo Uno

Lo Uno, el Bien. El punto de partida de la procesión; el punto de llegada del retorno. El fundamento de la realidad, la meta a la que todos los seres aspiran llegar (VI 2 [43] 11, 19-21). El Licopolitano emplea una riquísima variedad de metáforas y alegorías para hablar de la emanación (incluso, la propia palabra “emanación” es una metáfora y una alegoría). Entre ellas, podemos enumerar las siguientes: las almas “caen” desde lo Uno; lo Uno es como el centro de una circunferencia, desde el cual parten todos los radios (VI 8 [39] 18, 9-20; I 7 [54] 1, 20-25); es como el sol, desde donde se propaga la luz (IV 3 [27] 17, 12-21; I 7 [54] 1, 25-29); es como una gran fuente de la cual nacen muchísimos ríos (III 8 [30] 10, 1-6); es como la raíz de un inmenso árbol (III 8 [30] 10, 9-12).

Plotino también afirma que lo Uno “llena todo”, por lo cual no hay nada fuera de él. Sin embargo, advierte, no está específicamente en ninguna parte, dado que (desde el punto de vista ontológico) es anterior a la multiplicidad (III 9 [13] 4, 1-9). Que sea anterior a la multiplicidad significa que toda la realidad proviene de su fuerza productiva; por este motivo, el Licopolitano dice que es la “potencia de todas las cosas” (en griego, *dýnamis pánton*, V 1 [10] 7, 9-10).

Todas estas metáforas, alegorías o caracterizaciones tienen algo en común: no dicen ni qué es ni cómo es lo Uno. Ocurre que, en rigor, lo Uno ni siquiera es. Se encuentra “más allá del ser” (la expresión griega es *epékeina tés ousías*; aquí retoma y resignifica un pasaje de la *República* de Platón: *República* 509 b 9). Todas las cosas *que son*, nos explica el Licopolitano, son un “esto” (*ti*), un “algo determinado”. Por ser anterior a todas las cosas, lo Uno es un “no-esto”, es decir, es indeterminado, sin límites ontológicos. Sólo acerca de las cosas que son un “esto”, se puede decir qué son y cómo son. De lo Uno, por el contrario, no cabe pronunciar palabra alguna. La multiplicidad que supone el lenguaje es incompatible con la simplicidad total de lo Uno. Por este motivo, Plotino concluye que lo Uno es inefable (**V 5 [32] 6**). Aquí podemos ver un uso negativo del lenguaje: no se trata de decir qué es lo Uno, sino qué **no es**, para mostrar así la radical insuficiencia de cualquier predicado frente a la inefabilidad del primer principio.

Si llevamos hasta sus últimas consecuencias la vía negativa, resulta que incluso hasta el predicado “Uno” es inadecuado (**V 4 [7] 1**, 5-10). En **V 4 [7]**, que es un tratado bastante temprano, Plotino explica que con el vocablo “Uno” lo que se propone es señalar que lo Uno es “el primero de todos”. Con el atributo “primero” no está queriendo decir que sea el primer cuerpo, dado que todos los cuerpos son múltiples y compuestos; lo Uno, por el contrario, es simple. Los cuerpos poseen un límite ontológico, son deficientes. A lo Uno, por el contrario, no le hace falta nada. Dos tratados más adelante (según el orden cronológico), en el capítulo 6 de **VI 9 [9]**, el Licopolitano continúa en esa misma dirección e indica que la unidad de lo Uno no es ni la unidad del número ni la del punto, porque estas unidades presuponen la multiplicidad.

Ocurre algo muy similar con el segundo predicado más utilizado por Plotino para nombrar al primer principio: la palabra “Bien”, que da cuenta del carácter dinámico del esquema ontológico plotiniano. El Bien es, por definición, difusivo. Todos tienen necesidad de él, pero él no tiene necesidad de nada. Por este motivo, si llamamos “Bien” al primer principio, no debemos añadirle ni una sola palabra más (**III 8 [45] 11**).

Plotino se vale de otros usos del lenguaje para hablar de lo Uno, como por ejemplo, la vía eminencial. Para comprender qué es la vía eminencial, debemos ir al capítulo 13 de **VI 8 [39]**, donde el Licopolitano aclara explícitamente lo siguiente: para hablar acerca de lo Uno, nos vemos obligados a servirnos de expresiones sin la intención de emplearlas con precisión (*akríbeia*); por lo cual, a cada expresión debe anteponérsele un “por así decirlo” (*hoíon*, **VI 8 [39] 13**, 47-50). Con la vía eminencial, lo que hace Plotino es atribuirle a lo Uno predicados que, en rigor, no le pertenecen a él, sino a sus efectos. Por ejemplo, en el propio tratado **VI 8 [39]**, en el cual afirma que lo Uno tiene “algo así” (*hoíon*) como pensamiento, pero más simple. Esta vía se sustenta en las “leyes” de la ontología plotiniana, que nos dicen que la causa debe ser superior al efecto, pero debe guardar similitudes con él.

Antes de pasar a la siguiente sección, detengámonos por un instante nuevamente en el capítulo 13 de **VI 8 [45]**. Al inicio de este capítulo, tras reconocer que de lo Uno se habla siempre de manera incorrecta (*ouk*

óρθος), el Licopolitano afirma que todo lo que se diga acerca del primer principio es dicho con una finalidad: persuadir a quien lo está oyendo. Ahora sí, pasemos a la tercera y última sección.

3. Entre el mito y el *lógos*. ¿Cómo se llega a lo Uno?

¿Todas las *Enéadas* están escritas con el propósito de persuadir al lector? Quizás en la *Enéada* VI 9 [9] encontremos una “pista” para responder a esta pregunta. En el capítulo 4 de este tratado, el Licopolitano nos dice que no hay ni ciencia (*epistéme*) ni intuición (*nóesis*) acerca de lo Uno (VI 9 [9] 4, 1-3), porque la ciencia es razonamiento (*lógos*) y el *lógos* es multiplicidad (VI 9 [9] 4, 5). Cuando el alma hace ciencia, cae en el número y en la multiplicidad. Acto seguido, Plotino afirma que para lograr contemplar a lo Uno, hay que abandonar la ciencia. Esta afirmación puede llevarnos a la siguiente (paradójica) pregunta: ¿Plotino es un irracionalista? El propio Licopolitano se encargará, pocas líneas más abajo, de despejar esta incógnita. No es que los razonamientos no sirvan para nada: con ellos, se señala (*deíknimi*) un camino; Plotino escribe sus 54 tratados para despertar (*anegeíro*) a las almas que están dormidas (VI 9 [9] 4, 10-13). La función de los razonamientos es “llevarnos de la mano” (*parécho*) por ese camino, para poder confiar (o tener fe, el sustantivo aquí es *pístis*) en lo Uno (VI 9 [9] 4, 24-28). Sin embargo, la contemplación del primer principio empieza allí donde finaliza el camino.

Son casi innumerables los pasajes enéadicos donde Plotino argumenta que la razón (el *lógos*) nos exige que haya un principio que sea Uno. Además de VI 9 [9] (titulado justamente *Sobre el Bien o lo Uno*) podemos mencionar el capítulo 9 de III 8 [30], donde el Licopolitano intenta demostrar racionalmente que, dado que la Inteligencia es dual (y es número) debe existir una unidad que sea anterior a ella. En el capítulo 5 de V 5 [32] nos encontramos con un argumento muy similar.

No obstante, debemos recordar que Plotino no sólo recurre al *lógos* para “llevarnos de la mano” por el camino a lo Uno, sino que también hace uso del mito. Un claro ejemplo lo encontramos en la *Enéada* III 5 [50], donde el Licopolitano recoge el mito platónico de Póros y Penía (*Banquete*) para explicar la relación entre el Alma superior y el Alma inferior. ¿Cuando Plotino da una explicación mítica, está dando una explicación “de peor calidad”? La respuesta es no. Tanto el mito como el *lógos* “participan” de una deficiencia y de una limitación igualmente comunes: tanto uno como otro tienen que recurrir a la sucesión temporal para intentar dar cuenta de lo eterno (que por definición, está sustraído al tiempo). Tanto el *mýthos* como el *lógos* dividen (*merízo*) y separan (*diaíro*) en tiempos parciales aquello que en la eternidad está todo junto (III 5 [50] 8, 20-24).

A modo de conclusión, podemos preguntarnos: ¿hay un solo camino hacia lo Uno, o hay varios caminos? Plotino escribió 54 tratados, ¿podrían escribirse 54 más? Personalmente, creo que sí. Creo que para el Licopolitano, el lenguaje es una fuente inagotable de imágenes, metáforas, alegorías, mitos y razonamientos.

Sus *Enéadas* no son un sistema filosófico acabado. El propio Plotino (que no sentía demasiado afecto por la escritura) sería capaz de reescribir todos sus tratados, y de cambiar todas las palabras que usó, por otras. La realidad, según Plotino, es algo así como (*hoíon*) un movimiento desde y hacia lo Uno. Su ontología es netamente dinámica. Consecuente con su ontología, el filósofo de Licópolis siempre está en movimiento, dialogando con sus discípulos en la escuela que fundó en Roma, buscando persuadirlos y despertarlos.

4. Bibliografía

HENRY, P. & SCHWYZER, H.R.(1957-1973) Plotini. *Plotini opera*, 3 vols, eds. P. Henry y H.R. Schwyzer. Oxford: Clarendon Press.